

Pelegrina, un paraíso en el río Dulce

Tan sólo algún grupo de estudiosos, amigos casi siempre de la Geología o simpatizantes de nuestra fauna nacional, suelen acercarse con cierta asiduidad al barranco de Pelegrina.

Fue el insigne naturalista Félix Rodríguez de la Fuente —el último descubridor del barranco de Pelegrina y su promotor más reciente—, quien vino a tomar aquellos parajes como escenario para sus correrías televisivas acerca de la fauna salvaje de la Península y que tan merecida fama le dieron durante más de una década. Un monumento sencillo sobre el abrupto cortado nos lo recuerda. Al pie de la pinza abierta del monumento la gente deposita flores, abrazos al éter que el malgrado doctor recogerá cada tarde mientras filma preciosas escenas de animales en las infinitas cárcavas del más allá.

La tarde anda de caída. Los buitres de El Atance y de los roquedales de Santamera dibujan los últimos círculos del día lentamente, parsimoniosamente, en los limpios cielos del campo de Sigüenza. A mano izquierda se alcanza a ver, lejana, la chorrera. El rugido de las aguas al caer apenas llega hasta nosotros. Luego, tomando calmoso los fondos del barranco, el arroyo escapa lento por entre los arbolillos y el apacible yerbazal por donde se cuele, como una cinta estrecha, la senda de los campesinos. Cuando la media tarde cierra en la comarca, el barranco del río Dulce se cubre de sombras ante de entrar en Pelegrina.

Ahora el pueblo, aguas abajo. Sobre un leve oterillo pedregoso en mitad de la vertiente, Pelegrina se apiña en torno a los cuatro muros todavía en pie del viejo Castillo de los obispos. También éste de Pelegrina ocupa su lugar en la lista de pueblos de Castilla condenados a desaparecer.

Cuando se viene a Pelegrina, ha de hacerse con intención de subir hasta el castillo. A mitad de escalada conviene detenerse ante la puerta románica, de muy severas formas, con que cierra la iglesia parroquial. Figura en el tímpano el sello heráldico del obispo don Fadrique, uno de los más destacados en la nómina de los obispos de Sigüenza, cuya sede episcopal regentó como prelado allá por la segunda y tercera décadas del siglo XVI. Dentro de la pequeña iglesia —casi una ermita— hay un bellissimo retablo,

tallado en Sigüenza, hacia el año 1570, obra, nada menos, que de Martín de Vandoma.

Hay una trocha a la altura de los tejados que sube hasta las mismas plantas del castillo. Se puede subir por el camino más corto, saltando por encima de las piedras y librando el fragoso espesor de las ortigas, de los cardenchaes, de las zarzas y de los jaramagos que crecen al amparo de las ruinas.

Desde el pedestal sobre el que asienta lo poco que queda de la fortaleza, vuelve a repetirse el impresionante panorama visual que tuvimos en el barranco delante de los ojos, pero con matices diferentes. Las casas de Pelegrina quedan al pie recibiendo las primeras sombras. Aguas arriba se alinean las choperas junto al arroyo, a las que salvaguardan por ambas márgenes los tajos abruptos del despeñadero que bajan hasta el caserío cortando en vertical las fauces del valle. Al otro lado del pueblo la vega se comienza a dulcificar, se suaviza en amplias explanadas de tierra de labor, abriendo paso al pobre caudal del arroyo, que baja manso en busca de nuevas experiencias ribereñas.

Pero el esqueleto del castillo roquero lo tenemos aquí. Su historia sigue paralela a la historia de los obispos de Sigüenza, que recibieron aquellas tierras hace más de ocho siglos por donación expresa del rey Alfonso VII a título de señorío. Aquí, donde ahora cunde a su antojo la maleza y se van desmoronando los muros lentamente, pasaron los obispos seguntinos largas temporadas de verano, hasta que las tropas en derrota del Archiduque Carlos las convirtieron en candela después de la batalla de Villaviciosa en diciembre del 1710, y un siglo más tarde las francesas de Napoleón cuando los serios altercados de la Guerra de la Independencia.

Luego, los años, los vientos y las nieves de tantos inviernos, el abandono más atroz y la falta de aplicación con fines prácticos, han ido poniendo el resto hasta convertirlo en lo que ahora tengo delante de mí: unos cuantos paredones en tambor de torres esquinadas, que a veces se unen entre sí con residuos de fornido murallón de tierra y piedra. Lo demás es naturaleza desnuda y paisajes agreste en donde endulzar los caprichos del alma.

José Serrano Belinchón